

## La distancia entre el México posible y el deseable

Alfredo Acle Tomasini©

Siempre habrá una brecha entre lo posible y lo deseable, y ésta la experimenta desde un individuo aislado hasta la humanidad en su conjunto, pasando por cada uno de los pueblos que la integran. Pero, una cosa es aceptar que esto ocurre en más de las veces, otra, muy diferente, es la amplitud que estamos dispuestos a tolerar. Para el mediocre será su justificación; para el visionario un incentivo a superarse; uno mirará abajo y en el sótano hallará un refugio para permanecer inmóvil; el otro, volteará hacia arriba; no estar en lo alto lo hará sentir tan incómodo que buscará escalar.

Pero esa incomodidad se acrecienta en la medida que otros hacen lo mismo; se mueven, superan obstáculos, inauguran caminos. Ingenuo quién piensa que la inmovilidad significa mantenerse en el mismo lugar; basta que uno se mueva para que cambie la posición relativa de todos los demás.

Por ello resulta frustrante que ahora, en las postrimerías del debate energético, empecemos a escuchar en tono conformista que “no será la reforma deseable, pero si la posible”, y lo que resulta más deprimente es ver lo poco que podemos avanzar, con una clase política que, como el aditamento que llevan algunos autobuses, gobiernan la velocidad máxima a la que se puede mover el país.

Si hacemos memoria, desde que ningún partido tiene el control del Congreso, no hemos emprendido ninguna reforma de importancia, salvo la electoral, que frente al IFE y a la ciudadanía, acrecentó el poder de los partidos, y desde luego de sus cúpulas. Un partido puede - con recursos públicos - financiar una campaña donde abiertamente mienta - la privatización de Pemex-, mientras que un particular no puede hacer lo mismo - aun con sus recursos- para exponer a los mentirosos.

Desde 1997, una docena de países modificaron su marco institucional para incorporarse a la Unión Europea; Brasil ha emprendido reformas profundas en su sistema de pensiones y se ha asociado con particulares en la expansión de su industria petrolera; recién Cuba ha autorizado la explotación de sus tierras estatales por particulares mediante contratos de arrendamiento.

La agenda nacional es una suerte de estacionamiento de vehículos, que se usan para circular en búsqueda de notoriedad y de intereses personales. En ellos existen banderas nacionales para envolverse y tirarse de las alturas; personajes históricos bajo cuya sombra - real o ficticia - cobijarse, y además hay un botiquín cargado de píldoras de olvido, lentes para intensificar la miopía y tabletas quita vergüenza.

Ayer se puede haber estado en un gobierno que privatizó a diestra y siniestra; hoy, en la oposición se denuncia una privatización que ni siquiera existe; ayer, en el gobierno, se aceptó el control de la banca por parte de extranjeros, hoy se reclama que la mano de ningún privado toque ni el petróleo, ni sus gases, hasta que éstos sean sagradamente puestos en manos del consumidor o de alguna trasnacional que nos lo regresará convertido en gasolina

Banca y el petróleo permiten observar, como nuestro andar se rige por los avatares del momento y no por la visión de largo plazo.

En el ocaso de un gobierno la banca se nacionalizó sin que formará parte de una plan; el siguiente, mediatizó esta medida y favoreció a los otrora banqueros refugiados en las casas de bolsa; a éste le siguió otro que en tiempo record privatizó 18 bancos; amateurs; casa bolseros y candidatos a convertirse en carne de presidio tomaron la riendas de la banca, mientras el gobierno en turno negociaba en el TLC una apertura lenta y con topes para protegerlos. Pero, en el despeñadero de la crisis, la administración que lo sucedió, decidió olvidarse de éstos y del pudor, y abrió las puertas sin cortapisa.

Le dejamos al extranjero lo que siempre va existir y será crítico para cualquier nación; la banca, en cambio, nos empeñamos en considerar al petróleo como si éste tuviera la misma longevidad. Las agendas políticas como densa jungla se cruzan en nuestro camino, y poco a poco, la reforma energética que nació diluida con la esperanza de ganar adeptos terminará siendo aún más delgada.

Qué define entonces la altura de nuestras miras: ¿lo que pone en paz a la clase política, o aquello a lo que si se atrevería la ciudadanía si con ella no se jugara? Que rico fue el debate de los ciudadanos; que poco se recogió de lo que aportaron. Ahí, en esas palabras pérdidas, está la enorme distancia que separa al México posible del México deseable.